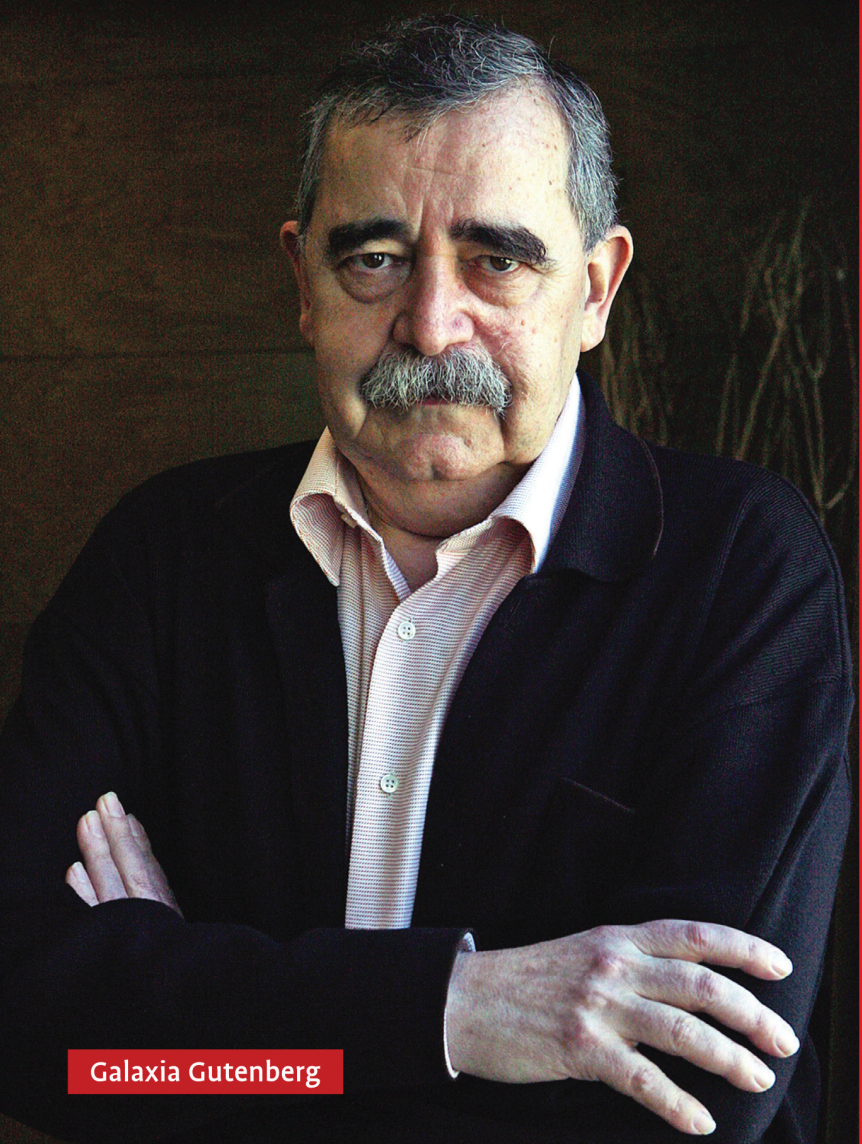
Eugenio Trías

Entrevistas

1970-2011

Edición y selección de Francesc Arroyo



Galaxia Gutenberg

Eugenio Trías

Entrevistas

1970-2011

Edición y selección
de Francesc Arroyo

Galaxia Gutenberg

El trabajo de selección y edición ha sido posible gracias a una ayuda
del Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Trías (CEFET)
de la Universidad Pompeu Fabra

Edición al cuidado de Francesc Arroyo

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2023

© Herederos de Eugenio Trías, 2023
© del prólogo y las notas: Francesc Arroyo, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 43-2023
ISBN: 978-84-19392-19-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

PRÓLOGO

De entre las sombras

> Un muchacho sentado contra la cal de la pared. Se levanta y empieza a caminar. Cuando mira atrás ve que su sombra se ha quedado sentada. Desanda lo andado, vuelve a sentarse con cuidado en la misma posición. Una vez vuelto allí, anuncia en voz alta: «Voy a levantarme». El muchacho se levanta y sale caminando sin mirar. Al cabo de unos pasos, se vuelve y comprueba con inmenso alivio que su fiel sinrazón le sigue como siempre.
>
> Miguel Catalán, *El último peldaño*

El 22 de mayo de 1970, el semanario *Tele/Estel* publicó una entrevista con Eugenio Trías. La firmaba un entonces muy joven Àngel Casas, que se sorprendía de poder llamar a alguien filósofo y por el hecho de que hubiera publicado varios textos en muy breve tiempo. Se refería a *La filosofía y su sombra* (1969), *Filosofía y Carnaval* (1970) y *Metodología del pensamiento mágico*, entonces aún en prensa. Ese filósofo era, además, autor de una novela *(Santa Ava de Adis Abeba)*, firmada junto a su hermano

Carlos como Cargenio Trías. En aquel momento el nombre de Eugenio Trías era ya, en buena medida, un referente para los estudiantes de Filosofía y para los lectores más o menos interesados en las corrientes del pensamiento. Además de por sus obras, era conocido como autor de diversos textos que aparecían con cierta regularidad en el diario *Tele/eXprés* y en la revista *Destino*, publicaciones que en aquel momento eran punto de encuentro de las tendencias progresistas, junto a *Triunfo*. En esta revista aparecería la segunda de las entrevistas que se han hecho al filósofo, firmada en esta ocasión por quien fue su amigo y compañero en diversos proyectos filosóficos, Josep Ramoneda. El propio Trías colaboraría luego, aunque de forma muy irregular, en *Triunfo*.

El siguiente texto, en orden cronológico, que tiene a Eugenio Trías como centro de atención es un reportaje/entrevista de Ana María Moix, fechado ya en febrero de 1971.

La filosofía y su sombra fue, desde luego, un aldabonazo. Miguel Morey, que fue primero alumno y luego amigo de Eugenio Trías, lo ha explicado bien en el prólogo a una de las reediciones de la obra.[1] Como él mismo señala, marcó un antes y un después. Y el propio Trías ha dejado constancia en diversos momentos del significado que tiene en su producción, así como en el conjunto del pensamiento de aquellos años.[2]

En un artículo publicado en la revista *Triunfo* en 1970 Trías asocia la aparición de esta obra a la de otras dos en apariencia muy diferentes: la antología hecha por Josep Maria Castellet de la poesía española del momento, titulada *Nueve novísimos,*[3] y un extraño e inclasificable texto de Manuel Vázquez Montalbán: el *Manifiesto subnormal*.[4] El objeto de la discusión era el sometimiento o no de la cultura a las instancias socioeconómicas y, por consiguiente, la independencia de la actividad cultural en sí misma. «La afirmación es confusa, pero el esquema teóri-

co al que responde es transparente. De hecho, se sobreentiende que los cambios verdaderos y reales se operan en un nivel diferente del cultural. Se apela a las fuerzas reales: fuerzas del orden social –no estrictamente cultural. Las fuerzas reales del sistema son de índole socioeconómica– mientras la cultura (carente de dinámica propia) es un espectro o fantasma–, puro reflejo –reflejo "mediato", no mecánico (la "mediación" es el recurso mágico con que se excita verbalmente el mecanismo– de las contradicciones y de la dinámica de esas fuerzas reales. Se divide, pues, la "realidad" en una realidad más profunda y más esencial y otra más etérea espiritual o fantasmal», sostenía Trías. El resultado es que «se invierte el idealismo hegeliano, manteniendo su estructura –y su lenguaje de pies a cabeza».[5]

Coincide este texto con buena parte de lo expuesto en una de sus obras de este mismo período: *Teoría de las ideologías*, donde se critican determinadas corrientes del marxismo que proponen «un análisis de los diferentes fenómenos culturales (artísticos, literarios, filosóficos) en *un nivel diferente* de aquel al que pertenecen: un nivel *privilegiado* que constituye la infraestructura (socioeconómica)».[6]

Ya en el prólogo confesaba su intención en esta obra: proponer «una revitalización de una tradición marxista, inhibida por el dogmatismo de los apologetas y por la insuficiencia teórica de los detractores». Y añadía algo que consiguió, a juzgar por las múltiples referencias que se hicieron a su supuesta frivolidad, plasmada en el término «carnaval» que figuraba en el título de uno de sus libros, y en la calificación de su obra como «lúdica», adjetivo utilizado como opuesto a «seria». A Trías no le incomodaba porque «la elección de un estilo polémico y apasionado apunta a un solo objetivo: irritar». No es seguro que, al menos en ciertos casos, lograra también las consecuencias que con ello buscaba: «creo que la irrita-

ción suscita, o puede suscitar, la reflexión (que nunca es, o no debe ser, escéptica y desapasionada)».

Conviene, de vez en cuando, volver a esas primeras obras que no en vano han sido reeditadas. En ellas, Trías deja claro que son el inicio de un camino que sabe largo, pero que está decidido a recorrer.

Hay una continuidad muy clara entre sus tres primeros libros *(La filosofía y su sombra, Filosofía y carnaval, Metodología del pensamiento mágico)* y los muchos que irá produciendo después. «La versatilidad de mi compromiso filosófico se ha cruzado con la exigencia de unidad de la reflexión llevada a cabo», escribe en el prólogo a *Creaciones filosóficas* ya citado. Y añade que *Los límites del mundo* y sus libros posteriores abren para él «una etapa que difiere sensiblemente de mis tentativas filosóficas de los años setenta», si bien es consciente de que ya en ellas «latían las inquietudes que dieron lugar a este nuevo planteamiento posterior». Sin olvidar, aunque luego no quisiera publicarla nunca, su tesina de licenciatura, dedicada a Platón. «El tema –explicaba él mismo–, era de estricta Metafísica. En algún sentido profundo puedo afirmar que no me he movido de ese horizonte desde entonces hasta hoy.»[7]

Platón y la Metafísica: son las dos constantes en su pensamiento. En varias de las entrevistas incluidas en esta selección se confiesa Trías como platónico: «Hay que volver a Platón: lo vengo diciendo desde siempre, de forma explícita, desde *Lógica del límite*. Pero hay que darse cuenta de que el único filósofo verdaderamente platónico, en este gozo por la escritura y el estilo, fue Nietzsche. Yo siempre he propuesto hermanar a Platón con Nietzsche».[8] En 1992, comentaba: «Platón es mi máxima fidelidad. Yo empecé haciendo una tesis de licenciatura sobre Platón, y escribí una obra absolutamente inmadura y juvenil que se llamaba *Alma y bien según Platón*. Es decir, que en el fondo Platón ha sido el ángel de la guarda, el filósofo que más

he perseguido incluso conectándolo con otras fidelidades, pero yo creo que como la de Platón, ninguna. Incluso, no sé, cuando he intentado hacer una interpretación de Nietzsche, he acabado mostrando cómo conectaba con corrientes subterráneas de Platón».[9] Y también: «Parto de la premisa platónica, yo soy muy platónico y lo soy cada vez más. Siempre lo he sido, pero ahora cada vez más conscientemente».[10]

También era consciente de la continuidad de su obra. Ya en 1971, cuando se publicó *La dispersión*, un texto que él mismo reconoce que es muy diferente al resto de su producción, explicaba a Ana María Moix: «¿Qué será eso de *La dispersión*? En realidad, mis anteriores libros forman una trilogía que no es sino una propedéutica para *La dispersión*. Era una obra metodológica que planteaba problemas de método: qué es la metafísica, en qué se diferencian ciencias y filosofía... *La dispersión* no es una ruptura, sino una liberación. El problema, en filosofía, no es el contenido ni el objeto, sino los medios de expresión. El lenguaje debe ser lo más distinto posible al discurso científico y lo más cercano al discurso literario o poético».[11]

En *Metodología del pensamiento mágico* había señalado que buena parte de la filosofía académica era, en realidad, metafilosofía, algo de lo que él quería apartarse. En lugar de emplear palabras para hablar del mundo se empleaban para hablar de las palabras que otros habían utilizado para hablar del mundo: «La filosofía ha preferido analizar el lenguaje filosófico en lugar de emplearlo o proseguirlo. Se ha considerado imprudente o poco oportuno hablar del "ser", del "espíritu" o de la "razón" y se ha optado por analizar el discurso que se expresaba en estos términos».[12] Está hablando de la filosofía en general. En el caso de la filosofía en lengua castellana, el problema se agrava por la falta de una tradición filosófica a la que hará constantes referencias.

Su proyecto real es construir una metafísica pero debe, para ello, proveerse de los materiales que lo permitan. De ahí que una de sus primeras obras sistemáticas, *La edad del espíritu*, sea «una historia de las ideas», aunque «en la clave de lo sagrado; hay historias del pensamiento que son en clave ética, metafísica o epistemológica. Esto era un ensayo de hacer una historia de la filosofía pero en clave religiosa, o sea, tomando el fenómeno de lo sagrado, como fenómeno religioso fundamental, como el hilo conductor».[13]

En un texto publicado por la Escuela Superior de Arquitectura de Barcelona, donde dio clases de Estética durante varios años, Trías señalaba que su voluntad no había sido la de elaborar un sistema sino que «me he encontrado con él, y desde luego no pido perdón por ello, estoy encantado».

El punto de inflexión entre sus primeras obras y las de la fase «sistémica» sería *Drama e identidad,* «un libro que marca un posible punto de arranque. Un ensayo sobre la forma sonata en música y su puesta en crisis, una de las pocas veces que he hecho una aproximación a fondo en el tema musical. Desde entonces la reflexión estética domina en *El artista y la ciudad* o en *Tratado de la pasión*, siempre con inflexiones con la ética, y siempre con la aspiración, que en realidad sólo la consigo en los ochenta, de lograr una propuesta filosófica que sea un poco unitaria, lo que antiguamente se llamaba una propuesta metafísica, u ontológica, porque es lo que para mí da sentido a la tarea y al quehacer filosófico».[14] He intentado, explicaba, «una búsqueda de una metafísica de nuevo cuño, no lo que se ha llamado metafísica siempre».[15]

El sentido lineal de su producción lo tenía claro Eugenio Trías: «El mejor modo de comprenderme es leerme en sucesión, pues en cierto modo mis libros son como estaciones de un único viaje en tren; o como anclajes en puerto o en alguna playa tras alguna singladura por el mar»,

dice en la segunda de las entrevistas que publicó Patxi Lanceros.[16] Y es ese uno de los motivos que justifican el orden cronológico adoptado para ordenar este libro.

La conciencia de continuidad la tiene desde el principio. En *Metodología…*, uno de sus primeros libros, anota: «El problema que comenzaba a plantear en *La filosofía y su sombra* y que ahora intento proseguir es el siguiente: ¿Cuál es el sentido de esas grandes palabras –filosofía, metafísica, teología– y qué clase de discurso o de textos cubren? Y más adelante, esta trilogía que componen *La filosofía y su sombra, Teoría de las ideologías* y *Metodología del pensamiento mágico* constituyen asimismo una *propedéutica*. Nada más y tampoco nada menos».[17]

Hay una segunda cuestión formal que vincula los textos de Trías con los de Platón: prácticamente ninguno queda cerrado al terminar. No hay conclusiones definitivas. La única excepción, según él mismo, es «*Lógica del límite* [...] Es algo de lo que tengo mucha conciencia». La obra se cierra «con una frase última en la que vengo a decir: igual lo que viene ahora ya no es ni siquiera filosofía».

Si se quisiera resumir lo dicho hasta aquí: Trías asume que hay una continuidad clara en toda su obra desde *La filosofía y su sombra*, porque la sombra es la sombra; las percepciones de las sombras de la Caverna no pueden ser las de la realidad última, pero también defiende la capacidad de esas sombras de ser referencia a la realidad del ser, al que se accede desde el alma.

Robert Saladrigas lo apuntaba así en el texto que le dedicó en *Destino:* «Eugenio Trías se mueve entre sombras, palpando las tinieblas y sus libros, basculantes, no pueden menos de ser oscuros, al menos en apariencia –me atrevo a decir que en el fondo son claros–, por cuanto transmiten la evidencia incuestionable de una situación histórica».[18]

Dejaba constancia de una acusación que se hace, casi de oficio, a buena parte de los textos filosóficos: la oscuri-

dad, si bien añadiendo que, en este caso, esa oscuridad se debía a que el autor se interesaba por el mundo de las sombras, ni más ni menos. Esa era la tesis central de su primera obra, latente en las que le siguen hasta *Drama e identidad:* todo pensamiento positivo encubre una cara negativa; las luces de la Ilustración se construyen a partir de una idea de razón que supone la negación de la sin razón, las sombras. De ahí que le parezca urgente que «el filósofo ceda la palabra a las sombras expulsadas del saber por una legislación ingenua». En buena medida, el filósofo «se identifica con las sombras», y «asume provisionalmente el papel escénico del enemigo del saber». El pensamiento formulado en positivo constituye, desde el mismo poema de Parménides, un criterio de demarcación, que intenta resolver el conjunto de los problemas filosóficos. Pero «lo "excluido" no es lo exterior sin más, la pura tiniebla, sino […] las tinieblas interiores de la exclusión». De modo que «la razón se transforma en sin razón».[19] Si para la primera afirmación se apoyaba en Louis Althusser (en ese momento estaba seguramente trabajando ya en *Teoría de las ideologías*), en la segunda partía de Foucault. Un autor que, junto a Nietzsche, le impidió cualquier sueño dogmático.

Vuelve sobre esta dualidad en *Metodología:* «La sombra es la repetición de lo mismo en forma de rechazo. Sólo que esa repetición tiene la función siguiente: unifica una disparidad heteróclita […] surge de la emergencia de la estructura de la demarcación; constituye el reverso en negro de los contenidos que el discurso afirma».

Escribirlo hoy puede parecer un ejercicio de profecía sobre el pasado, pero la lectura ordenada de sus textos permite claramente percibir cuánto proyecto de futuro había ya en su primera obra publicada, donde escribe: «La filosofía crítica culminaría el edificio de la Razón mediante una investigación de sus límites». Se podría pensar que el uso del término «límite», que será el eje de

su sistema metafísico, es puramente casual, si no fuera porque páginas más adelante vuelve a escribir: «El alma no conoce plenamente la condición de su conocimiento. Lo conoce sólo "a medias" siendo la otra mitad, el "más allá" de su propio límite». Y vuelve aún sobre la cuestión: «Aparentemente, la filosofía crítica eliminaría el edificio de la Razón mediante una investigación de sus límites».

Tanto sombras como luces afectan a diversos ámbitos del ser, a los que el alma aborda por vías diferentes, produciendo diversos tipos de saber y no saber. O dicho con sus palabras de 1969: la cultura Occidental ha escindido «todos los dominios de la vida humana en una dualidad, reteniendo uno de los términos y expulsando el otro». Esos dominios son el arte, la filosofía, la religión y la ética, dirá en 2006.[20] Ha añadido la estética a los dominios que, en su primera obra, señalaría, de la mano de Nietzsche, como «los valores específicos de Occidente», a saber, «la religión, la filosofía y la moral».

En algunos momentos hablará también de la ciencia y de su falta de preparación para abordar algunos aspectos que le hubieran interesado. Hubo un período en el que incluso se acercó a ella tangencialmente, bajo el influjo y el asesoramiento de Jorge Wagensberg. Pero, en general, se mantiene casi siempre distante, algo a lo que, tal vez, haya ayudado la distancia que marcó, a lo largo de toda la vida, con la filosofía de la ciencia y el neopositivismo. «A lo que no he llegado es a la conciliación con el positivismo.»[21] Un positivismo cuya sombra es la Metafísica que a él más le interesa, pero que se empecina en no reconocer cuando, en realidad, «perpetúa su existencia», ya que «sin darse cuenta, esos cancerberos del saber obsesionados por la metafísica son, por su mismo celo obsesivo, sus guardianes». Está pensando sobre todo en Rudolf Carnap y su descalificación de Heidegger, pero va bastante más allá y se pregunta: «¿Qué ocurriría si la metafísica

a la postre se aniquilara?». Y la respuesta, cree, es evidente: «Ya no sería posible demarcar al *modo* neopositivista, no sería posible consumar ese gesto ritual: el positivismo lógico y sus secuelas desaparecería. Y si ya no hubiera descendencia en el mundo del Horror, la filosofía se agotaría y desaparecerían para siempre los "saberes científicos"». Pero no hay que confundir su crítica al neopositivismo con las de los epígonos de ciertas metafísicas anquilosadas, que se sienten espoleados por las descalificaciones de los neopositivistas. De hecho, unos y otros se retroalimentan con sus quejas, «vanas la del "analítico": no ha superado la metafísica ni puede superarla y destruirla sin superarse a sí mismo. Ha contribuido a mantenerla en existencia, aunque sea en el estatuto de la vacancia». Ocurre otro tanto en la parte opuesta donde aparece la «vana lágrima del metafísico: la llamada "filosofía analítica" no le quita terreno. Le concede ese terreno de *exclusión* que secularmente –desde el chamanismo y la lepra medieval– posee todos los prestigios antiguos de lo sagrado».[22]

Ya se ha visto que Trías arremetía contra las corrientes dominantes en aquel momento: un cierto marxismo, conectado con *El asalto a la razón*, de Georg Lukács y que desembocaba en un dogmático materialismo dialéctico, y las corrientes analíticas derivadas del Círculo de Viena. Aunque sin tratar de homogeneizarlo todo. Si de Lukács salvaba *Marxismo y conciencia de clase*, entre los neopositivistas mostraba un respeto notable por Popper y su criterio de demarcación.

Arremeterá también, y repetidamente, contra el pensamiento llamado débil. A finales del año 2000 hacía un balance del inmediato pasado: «Estamos en un momento difícil. En los años sesenta y hasta mediados de los setenta prevalecían las escuelas filosóficas muy cerradas en ellas mismas, que eran compartimentos estancos, excluyentes. Hoy prevalecen filosofías sincréticas, híbridos,

combinaciones, pero lo que falta es un pensamiento creador. Es un momento, a nivel internacional, bastante indeterminado, indeciso, que ha dejado mucho espacio a eso que se ha llamado "los pensamientos débiles", el pensamiento posmoderno, formas de combinar o incluso los últimos coletazos de la Escuela de Frankfurt, Habermas, y figuras de este tipo que están marcadas por un pensamiento sincrético».[23] Y proponía un programa de futuro: «Dejamos atrás el siglo pasado, el XX. El posmodernismo fue su último (y patético) episodio. Algo así como la encarnación del "último hombre" de Nietzsche: el que no asume el nihilismo consumado sino que retrocede hacia una especie de "todo vale" deprimente y depresivo. El nihilismo, si es radical, desencadena una renovación de ideas y valores. Y allí es donde la propuesta de una filosofía del límite puede tener todo su sentido, así como su plena solvencia y responsabilidad (moral, histórica)».[24]

Para comprender la obra de Eugenio Trías hay que acudir, por supuesto, a sus libros. Pero las entrevistas son una excelente introducción y, con frecuencia, un resumen claro. En realidad, una entrevista no deja de ser una especie de diálogo, género que él apreciaba. De ahí el interés específico de este libro. En las entrevistas, se toma la libertad de aventurarse en su propia obra, y se concede con frecuencia ir más allá de lo que se permitía en sus textos escritos, donde daba preeminencia al rigor. Pero a Eugenio Trías no le hacían falta los entrevistadores. Buena parte de su esquema narrativo-filosófico es una hilación en la que primero formula preguntas para luego dar él mismo las respuestas. Y eso, desde el principio. En *La filosofía y su sombra* hay centenares de interrogantes que dan pie a la exposición posterior. Como explican varios de los autores de estas entrevistas, se sentía cómodo hablando. Mucho más que cuando daba clases o impartía conferencias. Como si le molestara la distancia que mar-

caba la tarima profesoral desde la que ejercía la actividad docente. En la charla, en cambio, la distancia se acorta y él se transformaba. Ganaba incluso soltura y claridad.

Eugenio Trías había asumido la máxima orteguiana de que «la claridad es la cortesía del filósofo» y se esforzaba en ello en sus discursos. Era plenamente consciente de que la escritura debía hablar por sí misma, a la vez que debía adaptar el estilo al contenido. «No hay verdadera filosofía sin estilo, escritura y creación literaria; pero tampoco la hay sin elaborada forja conceptual.»[25] Y esto enlaza con su convicción de que en lengua castellana resultaba imprescindible proceder a la creación de buena parte del lenguaje filosófico. «Este país está saliendo del túnel filosófico en que ha vivido en su historia. La cultura española ha sido magnífica en el campo de la pintura, la poesía y la literatura, pero Gerald Brenan escribe que algo ocurre en esa literatura, y es que no ha habido diálogo con la filosofía porque no ha habido filosofía. Es un déficit que se nota y se acusa en todos los dominios de la cultura. Y está cambiando.»[26] Un cambio al que quería sumarse para paliar el hecho de que «la raíz de nuestra miseria filosófica nacional o por extensión hispana, radicaba en la escasez de tradición filosófica *escrita* o que la gran batalla por lograr que la filosofía hispana alcanzase rango universal ecuménico, internacional, debía jugarse íntegramente, o por lo menos de una forma preponderante, en la escritura: en la gestación de una escritura filosófica *en lengua española* que permitiera la acogida de los más diversos estilos de reflexión filosófica». Y añadía que él había intentado con su «apuesta filosófica por una Obra Escrita, provocar un efecto de Torcedura en el destino hispano (en la línea de mis pocos antecesores en estas labores, Ortega y Gasset, Zubiri, Unamuno, María Zambrano y pocos más)».[27]

Ya había expresado esta idea tiempo atrás. «Vivimos en una cultura, la hispánica, la de la comunidad de pueblos

españoles, sin tradición filosófica; pero con un comienzo de ella que se asocia a nombres como Unamuno, Ortega, D'Ors o Zubiri. El problema es que nuestra cultura no está fecundada por la filosófica, y sí por filosofías foráneas, y el hecho de que no haya una filosofía propia es un hecho negativo que repercute en científicos, poetas, literatos y artistas. La filosofía es un hito imprescindible de toda cultura normalizada.»[28] Con todo, opina, las últimas generaciones han supuesto un impulso, de modo que «la filosofía española hoy es exportable» y equivalente a la que se hace en los países vecinos, aunque no se pueda «hablar propiamente de corrientes filosóficas. Lo más que se puede decir es que hay una serie de individuos con trayectorias más o menos coherentes, pero en las que difícilmente se pueden trazar líneas de continuidad claras».[29]

Ahora bien, y aquí aparece una de las claves por las que Trías repartió su actividad entre la universidad, las editoriales y los medios, así como en el Colegio de Filosofía: «Las insuficiencias del marco universitario no han sido subsanadas; más aún cuando creo que la filosofía en España está experimentando un cambio muy positivo. Se da la gran paradoja de que un movimiento filosófico –del que me siento partícipe–, marcado por una nueva generación, no tiene más presencia que en las editoriales o en instituciones paralelas, pero sin que se halle presente de forma clara en la universidad. Esto tiene que terminarse algún día; es vergonzoso que un país que en un momento dado alojó en sus cátedras a lo mejor de lo que la filosofía disponía –me refiero a la Escuela de Madrid, con Gaos y García Morente, o a la Escuela de Barcelona con Xirau– hoy viva esta situación. Es algo así como la asignatura pendiente de la Universidad».[30]

Esa actividad no universitaria, de tipo esencialmente político, no responde en su caso a la que tradicionalmente se atribuye a los intelectuales. Él mismo no se conside-

raba así: «Yo no me considero un intelectual; me considero filósofo, que es otra historia. Yo, por ejemplo, no llamaría intelectual a Beckett y sí en cambio a Sartre. Lo que está en declive es la figura del intelectual. Eso no quiere decir que afecte necesariamente al filósofo o al artista o al novelista», dice en la misma entrevista. La función del filósofo es distinta: «En el fondo, el filósofo trata de decir la *verdad,* y pretendiendo que haya una en competencia con otras; creyendo que una de ellas es verdadera, no todas».[31]

Los textos que siguen son una selección de las muchas entrevistas que concedió Eugenio Trías y que fueron publicadas en diversos medios. Una selección que se ciñe a textos publicados en medios de prensa escrita (diarios y revistas). Han quedado fuera las que se emitieron en radio y televisión y las que se publicaron ya en formato de libro. Una edición completa hubiera más que cuadruplicado la extensión de este volumen, lo que da una idea de la presencia pública que tuvo en vida este pensador. Entre los entrevistadores hay, por supuesto, periodistas, pero también otros filósofos, músicos, críticos de cine y hasta psicoanalistas. No en vano su interés era casi universal. Y sus libros eran leídos entre profesionales de diversas especialidades, además de por un público general amplio.

Los textos no han sido editados, más allá de lo que se refiere a las correcciones ortográficas o errores tipográficos. Esto supone que, en ocasiones, percibirá el lector repeticiones, sobre todo en las presentaciones de las entrevistas. Es inevitable que se repita la fecha y el lugar de nacimiento del entrevistado. Se ha optado por respetar lo que va debajo de la firma del entrevistador. Los únicos cambios que se han realizado se han hecho con un criterio unificador. En diarios y revistas se juega con titulares, sumarios, subtítulos y destacados, así como con los for-

matos de letra. Este tipo de resaltes carecen de sentido en un libro, de modo que se ha optado por eliminarlos, manteniendo únicamente el titular, en la medida en que, se presume, refleja la idea más importante de la entrevista. También se han suprimido los despieces. En la mayoría de los casos, estos complementos eran referencias a las obras publicadas por Trías, referencias que hoy no se ajustan a las ediciones disponibles. La excepción es una de las dos entrevistas que le hizo Josep Ramoneda,[32] ya que reproducía otro tipo de preguntas y respuestas. En este caso, se ha añadido el texto a continuación del texto principal.

Se ha unificado también el tratamiento de las preguntas y respuestas. Algunas entrevistas optaban por presentar las preguntas en un tipo de letra (cursiva, negrita) y las respuestas en otro, mientras que en otras se prefería anteponer en cada caso las palabras «pregunta» y «respuesta», sustituidas luego, aunque no siempre, por «p» y «r». En algunas entrevistas se reproducía el nombre del entrevistador o el de la publicación, en las preguntas, y el del entrevistado, en las respuestas. En el libro figuran siempre las iniciales del autor o autores (hay varias hechas de forma colectiva) de la entrevista y lo mismo para Eugenio Trías.

Se ha mantenido, en general, en cambio, el uso de las mayúsculas en determinados conceptos (Filosofía, Razón, Metafísica, etc.). El motivo es simple: el propio Eugenio Trías es inconstante en este asunto. Sólo se ha corregido cuando ha parecido ser un error tipográfico.

Se han incluido muy pocas notas. Además de una cierta tradición de no poner este tipo de llamadas en textos periodísticos, las entrevistas hablan, en la mayoría de los casos, por sí solas y no necesitaban glosas. Sí se ha indicado quiénes son los autores a los que alude siguiendo un criterio claro: no se ha puesto nota a los clásicos (desde Parménides a Foucault, por citar sólo dos ejemplos). Sí se

ha indicado en el caso de los autores españoles, menos conocidos por razones de la situación de la propia filosofía en España, situación a la que Trías hace diversas referencias. Se han excluido los pensadores españoles que él mismo considera clásicos: Unamuno, Ortega, D'Ors, Zubiri.

El conjunto ofrece no pocas respuestas sobre la obra y la trayectoria de Eugenio Trías quien, como ya se ha apuntado, era propenso a la charla con los demás y consigo mismo. Valga este ejemplo: «¿Qué somos? ¿Acaso una suma entrelazada de variaciones, dentro de un complejo proceso de metamorfosis, que se inicia dentro del seno materno, que se pone a prueba en este mundo, y que postula, a través de una inferencia razonable una *vita nuova* entendida como futuro escatológico o futuro que insiste en ser futuro? La pregunta queda ahí, lanzada, expuesta, sin que sea posible otra resolución que una respuesta razonable, o que una comprensión únicamente sustentada en una creencia (afirmativa o negativa)».[33] Lamentablemente, esta vez, al contrario que durante las entrevistas, no cabe repreguntar.

Índice

Prólogo. De entre las sombras *de Francisco Arroyo* 7

1. Diálogos populares: Eugeni Trías. Filósofo.
   1970. *Àngel Casas* 23
2. Eugenio Trías: Entre la filosofía y el carnaval.
   1970. *Josep Ramoneda* 29
3. Veinticuatro horas de la vida de... Eugenio Trías.
   1971. *Ana María Moix*. 37
4. Monólogo con Eugenio Trías.
   1972. *Robert Saladrigas* 45
5. Eugenio Trías: Democratizar la filosofía.
   1976. *Francisco Monge* 51
6. Un pensamiento antiautoritario. Eugenio Trías:
   La importancia de la meditación filosófica.
   1977. *Francisco Javier García* 59
7. Eugenio Trías, ponente en el XV Congreso
   de Jóvenes Filósofos «Ya era hora de que
   se cuestionara el pensamiento marxista».
   1978. *Carlos Pérez Cavero* 71
8. Filosofía: una década anodina.
   1979. *Josep Sarret* 79

9. Conversación con Eugenio Trías.
1980. *Fèlix Fanés y Ramon Herreros* 97
10. Entrevista a Eugenio Trías.
1980. *Víctor Prieto y Àngels Canadell* 119
11. Hegel y el lenguaje del perdón.
1981. *Miquel Morey* 127
12. Eugenio Trías: El poder de la filosofía.
1982. *Ana Basualdo* 141
13. Eugenio Trías se muestra indignado ante quienes tratan a Marx como perro viejo. El filósofo obtiene el premio Nacional de Ensayo por *Lo bello y lo siniestro*.
1983. *Francesc Arroyo* 151
14. «La ideología nacionalista, a la larga, no hará ningún bien a Cataluña».
1986. *Arturo San Agustín* 155
15. El regreso de la metafísica.
1986. *Francesc Arroyo* 159
16. Trías «ente urbano» y Barcelona.
1986. *Julia Manzano* 167
17. Eugenio Trías: La honestidad del pensador.
1988. *José Ribas y Mónica Monteys* 187
18. Eugenio Trías: «Los grandes problemas sociales y políticos subsisten» «Es preciso que el intelectual mantenga distancias críticas con el poder».
1989. *Abel Hernández* 201
19. Eugenio Trías: La aventura del límite.
1994. *Juan Carlos Insúa* 209
20. Conversación con Eugenio Trías.
1994. *José Ribas* 213
21. Eugenio Trías, autor de *La edad del espíritu* «La religión es el componente esencial del ser humano».
1994. *Ángel Vivas* 237
22. Lo político y lo simbólico.
1996. *Josep Ramoneda* 243

23. Retorno de lo Sagrado...
1996. *José Gandolfo y Pedro Gandolfo* 253
24. «Soy esteta de lo más "luterano" de la Semana Santa, como la Amargura o el Silencio».
1997. *Juan Antonio Rodríguez Tous* 265
25. Entrevista con Eugenio Trías.
1998. *Fernando Pérez-Borbujo y Raquel Luzárraga Alonso* 271
26. Ideas para el nuevo siglo.
1999. *Juan A. Rodríguez Tous* 281
27. Eugenio Trías: «La Filosofía es una literatura del conocimiento».
2000. *Pedro Gandolfo y Roberto Karmelic* 285
28. El pensamiento de la ética, la ética del pensamiento.
2000. *Fernando Pérez-Borbujo y Raquel Luzárraga Alonso de Ilera* 295
29. Eugenio Trías: «Me interesa rescatar la religión»
En el campo de la religión no hay Dios que muera sin otro que resucite.
2000. *Rubén H. Ríos* 319
30. La razón fronteriza.
2000. *Patxi Lanceros y Leticia Flores Farfán* 327
31. Eugenio Trías: «El intelectual debe ser olímpicamente inoportuno».
2001. *Blanca Berasategui* 337
32. Eugenio Trías: La filosofía en las fronteras del ser. La ciudad fronteriza.
2001. *Patxi Lanceros* 351
33. Una charla con Eugenio Trías: melocotón o de cultura, sueño y ciudad.
2006. *Carlos Alberto Girón Lozano* 357
34. Entrevista con Eugenio Trías.
2007. *Germán Loedel Rois* 373
35. «El pensamiento y la filosofía son la mejor música».
2008. *Alicia Quiñones* 385

36. Eugenio Trías: «Mis mejores obras
son las más libres».
2009. *Sergi Doria* 397
37. Eugenio Trías y el psicoanálisis.
2011. *Ramón Echevarría* 405
38. Trías de cine. El filósofo barcelonés habla
de su próximo libro sobre el séptimo arte.
2011. *José Luis Gutiérrez* 417

Notas 423